

PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS EN COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI.

MADRID, 6 DE ABRIL DE 1882.

NÚM. 13.

SUMARIO.

1. Vestido de cachemir y terciopelo.—2. Traje para niños de 3 á 5 años.—3. Vestido de raso maravilloso con bordado y encaje.—4. Vestido de lanilla y raso maravilloso.—5 y 22. Vestido de cachemir y moaré Pompadour.—6 y 24. Vestido de cachemir y tiras bordadas.—7. Pico de corbata.—8 y 9. Cuello y puño de encaje.—10 y 11. Cuello y puño de encaje.—12 y 13. Tournure de nansuk y encaje.—14. Porta-cepillos.—15 y 16. Abrigo de viaje.—17 y 18. Vestido para niñas de 8 á 10 años.—19. Vestido para niñas de 12 á 14 años.—20. Vestido para señoritas de 13 á 15 años.—21. Manteleta de raso duquesa.—23. Pelliza Titania.—25. Abrigo de siciliana.—26. Vestido de cachemir con bordados.—27. Paletó de vigona.—28. Vestido para niñas de 4 á 6 años.—29. Vestido de gasa de seda y faya, y manteleta de raso.—30. Vestido para niñas de 3 á 5 años.—31. Abrigo para niñas de 4 á 6 años.—32. Vestido de crespon de lana.—33. Manteleta de raso mate.—34. Manteleta de gasa negra, brochada de terciopelo negro.—35. Vestido para niñas de 7 á 9 años.—36. Manteleta de raso y moaré.
Explicación de los grabados.—Crónica de Madrid, por el Marqués de Valle-Alegre.—Dos Angeles, novela vulgar, por D. Eusebio A. Escobar.—Correspondencia parisiense, por X. X.—A la muerte del Redentor de la humanidad, poesía, por D. Antonio de San Martín.—Un viaje, por D. Emilio de Arjoná.—Certámenes de poetas españolas en honor de Santa Teresa de Jesús.—Explicación del figurin iluminado.—Suelto.—Soluciones.

Vestido de cachemir y terciopelo.
Núm. 1.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Traje para niños de 3 á 5 años.
Núm. 2.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figs. 30 á 38 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de raso maravilloso, con bordado y encaje.—Núm. 3.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de lanilla y raso maravilloso.
Núm. 4.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figs. 51 á 59 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de cachemir y moaré.
Núms. 5 y 22.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XI, figs. 60 á 68 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de cachemir y tiras bordadas.
Núms. 6 y 24.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XII, figs. 69 á 77 de la *Hoja-Suplemento*.

Pico de corbata.—Núm. 7.

Para ejecutar esta corbata se pasan sobre hule los contornos del dibujo. Para las ramas de flores se cosen sobre el hule unos pedazos de tul, sobre el cual se fijan, con puntos por encima, hechos con hilo fino, unos medallones sacados de un galoncillo de medallones, y entredoses de tul. Se hacen con hilo igual las barretas enrolladas y las ruedas que están por dentro de las flores. Por debajo de éstas se recorta el tul. Se cose



1.—Vestido de cachemir y terciopelo.
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

2.—Traje para niños de 3 á 5 años.
(Explic. y pat. núm. V, figs. 30 á 38 de la Hoja-Suplemento.)

3.—Vestido de raso maravilloso, con bordado y encaje.
(Explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.)

4.—Vestido de lanilla y raso maravilloso.
(Explic. y pat., núm. X, figs. 51 á 59 de la Hoja-Suplemento.)



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

luégo sobre el hule, siguiendo los contornos, el resto de los galoncillos, que se reúnen por medio de barretas.

Cuello y puño de encaje.
Núms. 8 y 9.

La tira del cuello se compone de un pedazo de muselina de 3 centímetros de ancho por 40 de largo. En su borde inferior se fija un encaje crudo, de 6 1/2 centímetros de ancho, plegado. La costura de este encaje va cubierta con un encaje igual, que cubre la tira del cuello. Para formar el delantero del cuello se saca un triángulo del borde superior de la tira y se fija un lazo de cinta de raso de color. Un lazo igual cierra el cuello por detrás. El puño se ejecuta del mismo modo, con arreglo al dibujo.

Cuello y puño de encaje.
Núms. 10 y 11.

Para este cuello se prepara un pedazo de muselina, puesta doble, de 3 1/2 centímetros de ancho por 40 centímetros de largo, que se sesga por sus lados trasversales, de modo que quede reducido a 38 centímetros de largo. En el borde inferior de la tira se pega un encaje blanco, de 9 1/2 centímetros, plegado. La tira del cuello va cubierta de una cinta moaré color de rosa, de 3 1/2 centímetros de ancho, que se anuda por delante. La cinta va cubierta de un encaje de 4 1/2 centímetros de ancho. Se ejecuta el puño del mismo modo que el cuello.

Tournure de nansuk y encaje.
Núms. 12 y 13.

Esta tournure es de percal doble y va cubierta de ocho volantes de nansuk, adornados cada uno de un encaje de 3 centímetros de ancho. Se dispone la tournure como indican los dibujos.



8.—Cuello de encaje. (Véase el dibujo 9.)

Porta-cepillos.—Núm. 14.

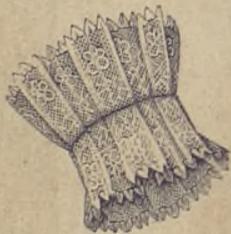
La fig. 58 de la Hoja-Suplemento a nuestro núm. 11 corresponde a este objeto. El porta-cepillos, que es de junco, va cubierto en su



15.—Abrigo de viaje. Espalda. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 7 de la Hoja-Suplemento.)



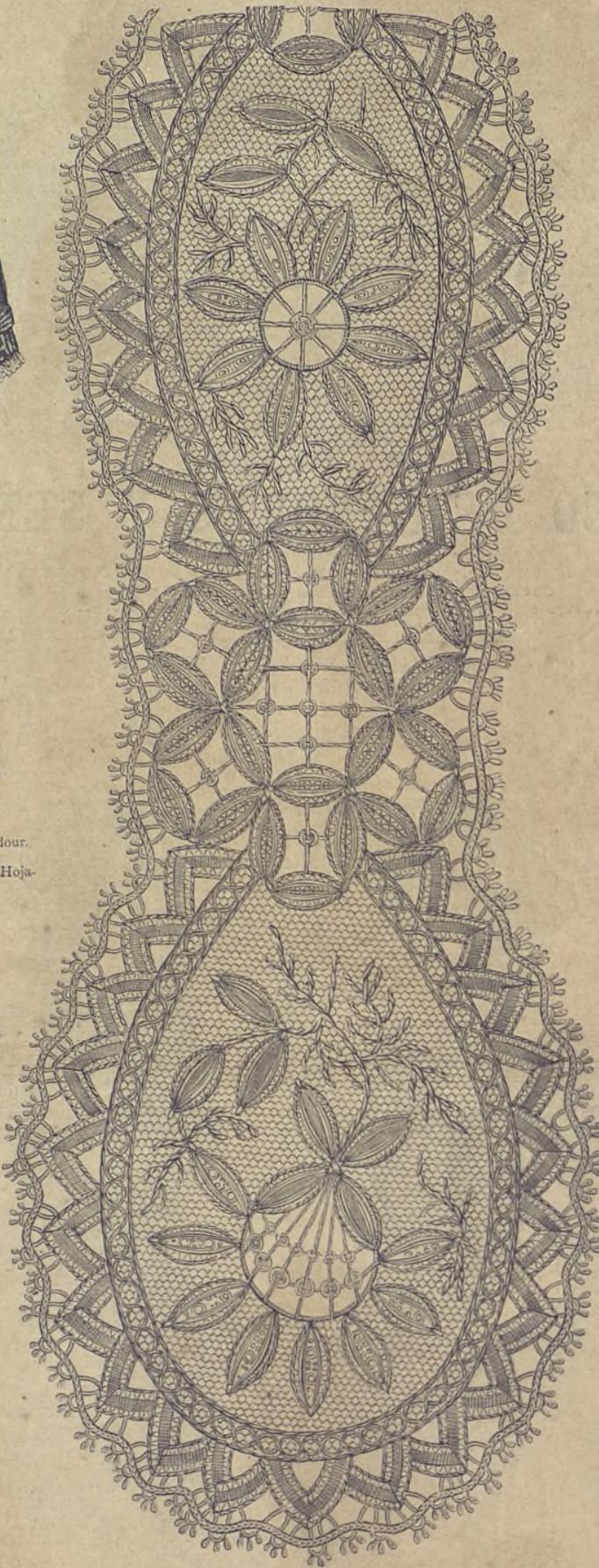
5.—Vestido de cachemir y moaré Pompadour. Espalda. (Véase el dibujo 22.) (Explic. y pat., n.º XI, figs. 60 á 68 de la Hoja-Suplemento.)



9.—Puño de encaje. (Véase el dibujo 8.)



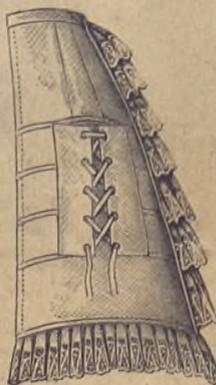
12.—Tournure de nansuk y encaje. Derecho



7.—Pieo de corbata.



11.—Puño de encaje. (Véase el dibujo 10.)



13.—Tournure de nansuk y encaje. Revés.



6.—Vestido de cachemir y tiras bordadas. Espalda. (Véase el dibujo 24.) (Explic. y pat., núm. XII, figs. 69 á 77 de la Hoja-Suplemento.)



10.—Cuello de encaje. (Véase el dibujo 11.)

Vestido para señoritas de 13 á 15 años.
Núm. 20.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 8 á 15 de la Hoja-Suplemento.



16.—Abrigo de viaje. Delantero. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 7 de la Hoja-Suplemento.)

parte inferior has una altura de 12 centímetros, de una tela de terciopelo color aceituna, cortada a sesgo y fruncida. El borde superior guarnece de terciopelo granate, que adorna con un bordado, y cuyo contorno se recorta en ondas. Para ejecutar el bordado se pasan a tela los contornos de la fig. 58, y se bordan el centro de la flor grande, al punto de espina, con seda azul claro. El contorno del bordado, al pasado con seda azul oscura. Para el cáliz y las ramas se emplea seda aceituna de dos matices. Las florecillas, capullos y hojas van hechos al pasado al punto de espina, con seda azul, color de rosa y bronce, y matedados parcialmente con seda torzal, que se continúa para las ramas. La costura de terciopelo va cubierta con bolas de lana de color, seda y cordoncillo de oro. Una bolas iguales adorna el interior del porta-cepillos, que va además guarnecido en los bordes superiores inferior con bolas borlas. En medio por detrás, se pone un lazo de cinta de raso granate.

Abrigo de viaje.—Núms. 15 y 16.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 7 de la Hoja-Suplemento.

Vestido para niñas de 8 á 10 años.
Núms. 17 y 18.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figs. 21 á 23 de la Hoja-Suplemento.

Vestido para niñas de 12 á 14 años.
Núm. 19.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.



17.—Vestido para niñas de 8 á 10 años. Espalda.
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 21 á 29 de la Hoja-Suplemento.)



19.—Vestido para niñas de 12 á 14 años.
(Explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.)

20.—Vestido para señoritas de 13 á 15 años.
(Explic. y pat., núm. II, figs. 8 á 15 de la Hoja-Suplemento.)



18.—Vestido para niñas de 8 á 10 años. Delantero.
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 21 á 29 de la Hoja-Suplemento.)



24.—Manteleta de raso duquesa.
(Explic. y pat., núm. III, figs. 16 á 20 de la Hoja-Suplemento.)



23.—Pelliza Titania.



22.—Vestido de cachemir y moaré Pompador, Delantero. (Vlase el dibujo 5.)
(Explic. y pat., núm. XI, figs. 60 á 68 de la Hoja-Suplemento.)



24.—Vestido de cachemir y tiras bordadas. Delantero. (Véase el dibujo 63. (Explic. y pat., núm. XII, figs. 69 á 77 de la Hoja-Suplemento.)

25.—Abrigo de siciliana. (Explic. y pat., núm. VIII, figs. 43 á 47 de la Hoja-Suplemento.)

26.—Vestido de cachemir con bordados. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

28.—Vestido para niñas de 4 á 6 años. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

30.—Vestido para niñas de 5 á 5 años. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

27.—Paletó de vigora. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

29.—Vestido de gasa de seda y faya, manteleta de raso. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

31.—Abrigo para niña de 4 á 6 años. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

32.—Vestido de crespón de lana. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

33.—Manteleta de raso mate. (Explic. y pat., núm. VII, figs. 40 á 47 de la Hoja-Suplemento.)

34.—Manteleta de gasa negra, brochada de terciopelo negro. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

35.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

36.—Manteleta de raso y moaré. (Explic. y pat., núm. IX, figs. 48 á 56 de la Hoja-Suplemento.)

Manteleta de raso duquesa. — Núm. 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 16 á 20 de la *Hoja-Suplemento*.

Pelliza Titania. — Núm. 23.

Este elegante abrigo de entretiempo es de cachemir de la India, y va forrado de seda y guarnecido de encaje español, pasamanería bordada de cuentas y lazos de raso.

Vestidos y abrigos para señoras y niñas. — Núms. 25 á 36.

Véanse las explicaciones y patrones de estas prendas en el verso de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

En Semana Santa. — Luto y tristeza. — Cuadro edificante. — Pascua florida. — Las fiestas y espectáculos del porvenir. — Las representaciones de Sarah Bernhardt. — Las de la Marini. — Grande abono aquí y allá. — El misterio del actor Ceresa. — Vico y la Mendoza Tenorio en la Alhambra. — Compañía de ópera bufa en el teatro del Príncipe Alfonso. — Salones. — *Soirées y matinées*. — Bodas. — Masini y la Reszké. — Gayarre y Uetam.



ESTAMOS en el período anual de silencio, de recogimiento, de penitencia.

Todos los ruidos han cesado; todos los placeres se han suspendido; todos los teatros han cerrado sus puertas.

En cambio, los templos las tienen abiertas día y noche, y por ellas penetran numerosas gentes de distintas clases y condiciones, de diferentes edades y sexos.

En días tan tristes y solemnes el ánimo se levanta á Dios, y recuerda lo que hizo su Hijo para redimirnos; los dolores y las angustias de la atribulada Madre, y lo mal que correspondemos los humanos al divino sacrificio.

Entremos nosotros también en el santuario; inclinémonos ante el ara cubierta y enlutada, y derramemos una lágrima por Aquel que, á fin de salvarnos, padeció afrentas y tormentos inauditos.

Cada año el espectáculo que ofrecen las iglesias de la corte consuela y eleva el alma.

Las principales señoras de la aristocracia, sencilla y modestamente vestidas, piden para los enfermos, para los necesitados, para los niños desvalidos; y en las bandejas destinadas á recibir las limosnas caen lo mismo el billete de Banco del capitalista que la moneda de cobre del artesano.

No es ménos edificante el ejemplo que dan nuestros Monarcas de fe católica y de humildad.

Siguiendo la costumbre de sus antepasados, lavan los pies á los pobres, les sirven espléndida comida, y luego; rodeados de la Corte y de los Ministros, salen á visitar los sagrarios; á hacer público alarde de sus sentimientos religiosos.

Pero tras estos días de tristeza y duelo, vendrán otros de alegría y satisfacción: el bronce anunciará con sus roncocos ecos la resurrección del Señor; caerán los velos que ocultan las imágenes, y la Naturaleza y los hombres entorarán un himno de júbilo, vistiéndose aquella de flores para recibir la primavera; celebrando éstos de diverso modo suceso tan fausto para la cristiandad.

¡Pascua florida! ¡Qué bello nombre y qué bello cuadro! Al contemplarlo cada año, nuestro corazón se siente conmovido y palpita al influjo de placenteras ilusiones.

Cada año abrigamos la esperanza de ver á los hombres seguir nuevos derroteros, reconocer sus errores y entrar en mejor camino.

Pero ¡ay, la ilusión dura muy poco! — Pronto advertimos que, como el campo recobra, bajo el ardiente calor del sol, las galas que perdió entre la nieve, así los mortales tornamos á abrigar las propias pasiones, los mismos instintos de que durante algunos días de tregua pudimos creernos despojados.

¿Será esta ley eterna de nuestra raza? ¿No lograremos nunca perseverar en la enmienda? ¿Estará vedado á la flaca humanidad poner correctivo á sus faltas?

Todo cambia, todo se modifica, empero, al llegar la época en que nos encontramos.

La Pascua parece trazar una línea divisoria entre lo pasado y lo futuro: el teatro Real cierra sus puertas hasta el otoño, y los salones tornan á abrirlos hasta el estío.

Concluyó la temporada de ópera italiana; empieza la de las diversiones veraniegas; la de los placeres al aire libre. Sin embargo, he incurrido en una inexactitud.

Es verdad que han terminado las representaciones líricas en el coliseo de la plaza de Oriente; mas durante algunos días la gente correrá todavía á él, ganosa de conocer á una celebridad artística, á una actriz francesa, que ha paseado por América y Europa su talento y su gloria; que lo mismo ha arrancado aplausos á los excéntricos norte-americanos, que á los flemáticos alemanes; que ha sido festejada igualmente en San Petersburgo y en Roma, en Filadelfia y en Berlín.

Ocho funciones va á dar en el regio teatro, y no es mucho vaticinar que hallará entre nosotros la entusiasta acogida de otras partes.

Buen indicio es de esto el afán con que la *high-life* se ha apresurado á abonarse á las principales localidades; la impaciencia con que se espera el domingo próximo para juzgar del mérito de la eminente artista; la curiosidad que las damas sienten por admirar sus trajes. — Porque Sarah Bernhardt no es sólo actriz consumada, pintora y escultora distinguida, sino también mujer elegante.

Si en la plaza de Oriente es el abono considerable, en la calle del Príncipe no es tampoco menor.

Sólo que no es exclusivamente la aristocracia la que quiere asistir á las representaciones de la compañía italiana.

La clase media, y aun el pueblo, á quienes la lengua armoniosa del Dante y Metastasio es más familiar que la de Racine y Molière, ha tomado puesto asimismo entre los apasionados de la Marini, quien usará armas semejantes en su lucha con Sarah Bernhardt.

Pero la partida no es completamente igual: la artista francesa sólo podrá hacerse aplaudir en ocho creaciones: la italiana tiene más ancho campo donde lucir sus privilegiadas dotes, pues se detendrá entre nosotros cerca de tres meses, con gran satisfacción de sus innumerables partidarios.

Esta vez no le acompaña el excelente actor Ceresa: — las lectoras de LA MODA conocen, sin duda, su triste y lamentable suerte; sus conatos de suicidio y su demencia, que probablemente son una cosa misma; su encierro en un manicomio....

¿Qué historia secreta, misteriosa, habrá en el fondo de semejante catástrofe? ¿Por qué un hombre aún joven, festejado y aplaudido por todos los públicos, ha querido poner fin á su existencia y ha perdido luego la razón?

¿Será cierto lo que los periódicos de distintos países han dicho? ¿Será una mujer la causa única de la catástrofe?

La temporada de primavera va á ser en Madrid no ménos animada y brillante que la de invierno.

Además de los teatros abiertos, tornará á trabajar en el de la Alhambra Vico con su excelente compañía; al antiguo Circo del Príncipe Alfonso viene otra italiana, pero de ópera bufa; en fin, los salones no se cierran por eso, y disponen una segunda campaña, tan bulliciosa como la primera.

La amable Condesa de Casa Valencia dejará bailar una, dos ó tres veces en su precioso hotel de la Fuente Castellana; sus padres, los Marqueses de la Puente y Sotomayor, prometen dos ó tres *matinées danzantes* en su deliciosa huerta; y allá para el mes próximo, en la época de las Carreras de Caballos, darán saraos, como en 1881, los Marqueses de Molins, los de la Romana y otras varias personas.

¿Por qué no pueden seguir el ejemplo los Duques de Bailén? — El estado de la salud del jefe de la ilustre casa no es satisfactorio, y no le permitirá ahora, cual no le ha permitido antes, asociarse al regocijo del *sport* madrileño durante sus reuniones primaverales.

Comienzan á celebrarse la larga serie de matrimonios concertados entre familias del gran mundo.

Al de la hija de los Condes de Montefuerte con el señor Comyn — efectuado á principios de Marzo — ha seguido en sus últimos días el de la Srta. D.^a Isabel Prim, hija del malogrado general, con el Sr. D. Fernando de Heredia, sobrino del Marqués de Salamanca.

La madre de la recién casada ha cedido á ésta todas las valiosas joyas que poseía: — los soberbios brillantes, las magníficas esmeraldas, los ricos topacios han figurado en la *corbeille* de la simpática joven, al lado de los encajes d'Alençon, de Valenciennes y de Malinas, que en tiempos mejores lució en Méjico, en París y en España la inconsolable y desolada viuda.

Casada su hija, el único vínculo que la unía con el gran mundo, la Duquesa de Prim, tan estimada de aquél por sus virtudes cristianas y sociales, quiere vivir en el más absoluto retiro, consagrada enteramente al culto de la memoria del hombre á quien tanto amara, y que perdió de manera trágica y cruel.

¡Respetemos este dolor tan sincero, tan profundo y tan sagrado!

La Srta. de Elduayen y el Sr. Lopez Carrizosa recibirán en día muy cercano la bendición nupcial; la de Bernar y el Sr. Allende Salazar, hijos respectivamente de los Condes de Bernar y de Montefuerte, á principios de Mayo; y la de Iranzo y el Sr. Girona, un poco después.

No puedo decir la época fija del matrimonio de una linda nieta de la Condesa del Campo de Alange, hija de su primogénito difunto — el Marqués de Torremanzanal — con el hijo de un opulento capitalista, igualmente fallecido, el señor Casares; ni de la unión del Conde de Vilana, persona tan estimada en los altos círculos, con una bella viuda granadina: la Sra. de Agrela.

Aun no he terminado con el capítulo matrimonial: la señorita D.^a Virtudes Martínez de Irujo, hija menor de la Duquesa de Sotomayor, dará la mano en plazo breve al Conde de Lambertye, *sportman* parisiense; y una de las graciosas señoritas de Sholtz — una alemana andaluza — entregará la suya al Sr. D. Fernando Soriano.... dentro de doce meses.

La presente generación, que gusta siempre de vivir por adelantado, sabrá con satisfacción que el tenor Masini, cuyos triunfos en el teatro Real han cerrado brillantemente la temporada, se halla ajustado para la de 1882 á 1883.

No ha tenido la misma suerte la señorita de Reszké, á pesar de las simpatías que cuenta entre el público y el pueblo, es decir, en los palcos y en el paraiso; á pesar de los esfuerzos del Príncipe Gorstchacow, ministro de Rusia, para que su bella compatriota permaneciese entre nosotros; á pesar, en fin, de haberlo solicitado el Sr. Rovira multitud de personas de la *high-life*, poniendo sus firmas en el álbum donde así se pedía.

Aquél no ha tenido á bien complacerlas, y ha dejado partir á la *diva* polaca.

En cambio, arrebató otra estrella á la Rusia: la Sembrich, la sucesora de la Patti, que ha cantado en San Petersburgo

con gran éxito, y ha sido escriturada por tres meses para nuestro regio coliseo.

Perdemos á Uetam en semejante trueque de artistas con la escena moscovita, y su reemplazo no será fácil, ni, mucho ménos, ventajoso.

Mientras tanto, Gayarre, después de alcanzada señalada victoria al estrenar en Roma la obra póstuma de Donizetti, *Il Ducca d'Alba*, recibe seductoras proposiciones del Director de los teatros Imperiales para ocupar el puesto que deja allí vacante Masini.

¿Aceptará hoy el esclarecido tenor español lo que ha rehusado en otras ocasiones? — No es creíble.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

3 de Abril de 1882.

DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

CAPÍTULO PRIMERO.

Uno como hay muchos.



ENRIQUE era un joven de veinte y cinco años.

Hacia cuatro que había salido de su pueblo, oculto rincón de la Mancha, con muchas ilusiones en la mente y muy poco dinero en el bolsillo, camino de Madrid, dejando en aquél una madre anciana y á una preciosa niña, á la que amaba con todo su corazón, y con la que había tenido, al despedirse, la escena más conmovedora de promesas y juramentos que nadie puede imaginarse.

Enrique era poeta, y como tal, fué infinito el número de pesares y desengaños que sufrió por espacio de estos cuatro años. Durante ellos su vida fué una continua serie de desgracias: sus dramas eran rechazados en todas partes, sin tomarse nadie el trabajo de leerlos; ningún editor quería sus novelas, y muchas veces que quiso ofrecer su pluma en la redacción de algun periódico, sólo obtenía miradas de desprecio y sonrisas burlonas. ¡Es verdad que nadie conocía su nombre!

Mil veces estuvo decidido á abandonar todos sus proyectos, todas sus ilusiones, y volverse á su pueblo y al seno de su familia, donde le esperaba un ángel, en quien había fundado su dicha tanto tiempo hacia; pero le contenía un resto de esperanza, y se apresuraba á trabajar con mayor fe, calculando á veces hasta de lo más necesario para la vida.

En medio de todas sus penalidades, el recuerdo de Blanca, que así se llamaba su prometida, endulzaba sus horas de tristeza, y sus cartas eran siempre apasionadas, siempre vehementes: en ellas le daba cuenta de todos sus planes, de sus infortunios y de sus ilusiones, y cuando recibía contestación á sus sentidas frases, era tal su alegría, que se tenía entonces por el ser más feliz de la tierra.

Ni la vida de bohemio, ni la agitación y turbulencia de Madrid, tan á propósito para hacer olvidar á un joven de imaginación volcánica un amor de provincia, habían influido en los sentimientos de Enrique hacia Blanca: su único placer era pensar en ella; su más grata esperanza, obtener, por medio de su trabajo, una posición independiente para que llegara pronto el día de poderla llamar suya.

Pero esta esperanza iba poco á poco desvaneciéndose como se desvanece el humo de una hoguera casi apagada, al ascender en la atmósfera, y el hastío y el desaliento iban asomando su tristísima faz en el corazón de Enrique.

Su vivienda era una misera buhardilla en la calle de Jardines, donde vivía con otros dos poetas, bohemios como él, y como él rechazados por todos los empresarios, despreciados por todos los editores. ¡Cuántos pensamientos dignos de ser repetidos por la fama habrían brotado de aquellos tres cerebros pulimentados por la desgracia! ¡Cuántas obras llenas de interés yacían entre el polvo de aquella pobre habitación, donde anidaban ocultos el genio y la inteligencia!

¡Ah, desgraciado de aquel que, fiado en su inspiración y en su talento, se lanza al intrincado laberinto literario, llevando sólo por sus ilusiones! Dada mil vueltas en él, al principio con decisión, luego vacilante, y por último, perdido en infinitas tortuosidades, no hallando nunca la salida y teniendo que reducirse á pasar su existencia en la oscuridad y la miseria.

¡Desgraciado de aquel que no cuenta con una mano poderosa, nuevo hilo de Ariadna, que le conduzca entre tantos escollos y lo levante sobre la multitud, despejando con su generoso esfuerzo las nieblas de lo desconocido, como el sol despeja las pardas nubes que se amontonan y le ocultan á su oriente!

CAPÍTULO II.

Tres bohemios.

Después de subir más de cien escalones, se llega á un corredor, en el que se ven varias puertas con un número encima: fijémonos en la que tiene el 5, que está entornada, y entremos sin reparo.

El cuadro que se presenta tiene un aspecto que oprime el corazón: dos catres de tijera, provistos de un malísimo jergon y desprovistos de todo lo demás que es indispensable; tres cofres colocados en fila, sucios y destartados; una mesa que hacía mucho tiempo que debía estar convertida en leña, sustentando un gran tintero, algunos libros y un montón de cuartillas; una silla solitaria, un espejillo roto, suspendido de un clavo en la pared, y algunas malas piezas de ropa y sombreros tirados sobre los catres y los baules. También se veía una puerta que conducía á un estrecho zaguizam, donde sólo cabía el catre del otro compañero de Enrique.

En el momento que entramos en la buhardilla, se hallaban en ella las tres personas que la habitaban: Enrique,

sentado en la única silla, escribía apresuradamente una carta: uno de sus compañeros, llamado Luis, fumaba, tendido en uno de los catres, y el otro, que se llamaba Eugenio, leía el principio de una comedia, sentado en un cofre.

— Llegó la hora: mi pecho
En honda emoción se agita;
¿Qué me dirá? ¡Tantos años
Léjos de la patria mía.....

— Te advierto, Eugenio — dice Luis — que eso que me estás leyendo es detestable.

— ¿Cómo detestable?

— No te quepa duda; eso de agitarse en la emoción.....

— Pues así va; ya no lo enmiendo.

— Como quieras: sigue.

— Ya habrá olvidado mi amor,
Mis besos y mis caricias.....

Al llegar aquí, levanta Enrique la cabeza y dice con malhumorado tono:

— ¿Quieres hacerme el favor de callarte, Eugenio?

— ¡ Hombre, pues me gusta! ¿Quieres coartarme hasta la libertad de leer?

— Yo no quiero coartarte nada; lo que quiero es que no me interrumpas; estoy en un párrafo muy interesante.

— ¿De una novela?

— No; de una carta para mi novia.

— ¡ Le parece a V.! ¡ Conque, para una carta de novio te hace falta silencio! Vaya, vaya, véte a paseo.

— Ya habrá olvidado mi amor,
Mis besos y mis.....

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Una cuaresma que no lo parece. — El baile de la Duquesa de Camposelice. — Baile de trajes en casa del Conde de Roydeville. — *Soirée* musical de madame Hervé. — Un casamiento aristocrático. — TEATRO DE LA OPERA CÓMICA: *Galante aventure*, ópera cómica en tres actos; letra de Luis Davyl y Armand Silvestre, música de Ernesto Guiraud. — TEATRO FRANCÉS: *Los Rantzau*, drama en cuatro actos, por Erckmann-Chatrian. — Un poeta como hay muchos.

CUALQUIERA diría que no estábamos en cuaresma; las fiestas, los bailes, las recepciones, se han sucedido estas dos últimas semanas, más alegres, más bulliciosas que en Carnaval.

El baile dado quince días há por la Duquesa de Camposelice tenía por objeto inaugurar su nuevo hotel de la *avenue Kléver*, lo que los parisienses llaman *pendre la crémallère*. El hotel que acaba de adquirir la Duquesa pertenecía ántes á la Embajada china: vastos salones y galería inmensa; cosa poco comun en París, donde se está acostumbrado á las habitaciones microscópicas.

Los salones, amueblados con tapicerías de Gobelinos, daban paso á la galería de baile: sala vastísima, en el fondo de la cual se veía, bajo un dosel de flores, el busto, en mármol, del Rey de Italia, que ha concedido últimamente el título de Duque de Camposelice á Mr. de Estimburg.

Un magnífico concierto fué como el preludio del baile, costumbre muy generalizada hoy día, y que tiene el doble atractivo de recrear á las personas que no bailan, y pueden así retirarse despues del concierto, y de permitir á las rezagadas adeptas de Terpsicore el llegar tarde sin hacerse desear demasiado.

Mademoiselle Van Zandt arrebató al auditorio con sus deliciosas y originales canciones inglesas y escocesas, que le valieron los más entusiastas aplausos.

Todos estuvieron unánimes en admirar, no sólo su talento, sino su singular belleza: rubia, de una hermosura ideal, representando apenas quince años, ese abril de la vida, vestía un traje de seda color de rosa de China. El corpiño y la parte inferior de la falda iban adornados de unos rizados gruesos. Mangas Luis XV, que llegaban sólo hasta medio brazo, y guirnalda de rosas por todo el vestido.

La Duquesa de Camposelice, alta, rubia, muy distinguida y graciosa, recibía á sus convidados vestida de raso color *champagne espumoso*, con larga cola, que salía de unos *paniers* abultados, los cuales se abrían sobre un delantal de raso blanco, bordado de margaritas de plata. Corpiño en punta, también de raso blanco, bordado igualmente de margaritas plateadas. Tocado de margaritas de diamantes.

La Condesa de Kepler lucía un bellissimo traje de terciopelo negro, con cuerpo escotado á la *Duquesa de Orleans*. Falda de raso color de rosa de Oriente, cubierta de bordados multicolores, representando rosas matizadas con follaje musgoso. Los cabellos rubios de la Condesa estaban ceñidos de una diadema de diamantes.

Llamó mucho la atención un preciosísimo traje á la *Proserpina*, de raso color de luna. Este vestido, de prolongada cola, iba cubierto por delante de encajes que imitaban el punto de Flándes: mallas finísimas, que parecían tejidas por la hábil araña. Bajo los volantes, puestos al traves, corrian unas cintas flotantes de moaré, anudadas de trecho en trecho, como mariposas celestes. El centro de la cola iba adornado del mismo encaje, y el corpiño, en punta, llevaba una guarnición fruncida de punto de Flándes. Una rosa grande adornaba el centro del corpiño y bajaba hasta el cinturón, de moaré, anudado á la castellana para formar una guirnalda de rosas de la reina y rosas del rey. El tocado se componía de plumas color de luna y de rosas.

El baile de trajes que tuvo lugar en casa del Conde de Roydeville la semana pasada ha sido uno de los más brillantes de la estación. La Condesa hacía los honores de la manera más afable y distinguida. Sabido es que el Conde de Roydeville es hijo de la Marquesa de Montebello, que murió de una manera tan desastrosa, quemada en su pro-

prio dormitorio. La Marquesa de Montebello se había casado en primeras nupcias con el Conde de Roydeville.

El último *juéves* de Mme. Hervé ha estado brillantísimo. Más de cien convidados se hallaban reunidos en sus salones para oír al célebre violinista Carlos Dancla, á quien acompañaban los conocidos artistas Nadaud, Honffack, Papin y Lestrás. Mademoiselle Thénard, actriz del teatro Frances, y M. Mayer representaron el divertido *sainete* de Montelet, titulado: *Un Livre lesté*, y Mlle. Thénard declamó un gracioso monólogo, que hizo reír mucho: *La Présentation*.

El casamiento de la princesa Juana Bonaparte con el Marqués de Villeneuve-Esclapon-Vence tuvo lugar, el miércoles 22 de Marzo, en la iglesia de Santo Tomás de Aquino, demasiado pequeña para contener la multitud elegante que había acudido á presenciar la ceremonia.

El Marqués de Villeneuve pertenece á una familia cuya nobleza data del siglo XIII: esta union significa, pues, la alianza entre la nobleza del Imperio y la antigua nobleza francesa.

La princesa Bonaparte llevaba un vestido de raso blanco y un frac Luis XV, bordado de guirnalda de rosas en relieve. Velo de tul á la judía, sujeto con ramitos de flores de azahar.

Sus dos *demoiselles d'honneur*, las señoritas Remolino y Bertrand, iban vestidas las dos del mismo modo: vestidos de seda color de rosa, sombreros de paja adornados de lilas y rosas, y cruz de oro pendiente del cuello con una cinta de terciopelo negro.

La Princesa Bonaparte, madre de la desposada, llevaba un traje de raso plata oxidada, bordado de perlas, con flecos dobles y bordados de raso y felpilla. Sombrero igual al vestido, con plumas.

La Condesa de Villeneuve lucía un espléndido traje de raso color de oro y negro, salpicado de azabache.

La semana pasada tuvo lugar con buen éxito en el teatro de la Opera Cómica el estreno de la ópera de Ernesto Guiraud titulada *Galante aventure*. La nueva ópera abunda en motivos graciosos y originales, que darán pronto la vuelta al mundo. Señalaré, entre otras, una joya musical: la deliciosa serenata *Toi, la plus chère*, cantada por Taskin, y que el público hace repetir todas las noches.

Pero el acontecimiento teatral de la quincena ha sido la representación de los *Rantzau*, drama de Erckmann-Chatrian, estrenado en el teatro Frances.

El puesto que los alsacianos Erckmann y Chatrian ocupan en la literatura francesa es excepcional. Viven, por decirlo así, fuera del movimiento comun; se les ve muy poco, y no son conocidos sino de los que quieren conocerlos; lo que no impide el que hayan adquirido una popularidad envidiable con sus novelas patrióticas, que han sido traducidas á casi todas las lenguas de Europa.

A la escena han dado dos obras interesantes: una, el *Judio polaco*, en que el elemento fantástico se mezcla con la verdad en una proporción considerable, y *El Amigo Fritz*, de un naturalismo puro.

La tercera tentativa escénica, y no la ménos afortunada, de estos singulares autores, cuya personalidad respectiva se confunde en una colaboración única y sin ejemplo en los fastos literarios, es la de ahora. El asunto de los *Rantzau* es antiguo como el mundo.

Dos hermanos, que habitan un pueblo de Alsacia, se han declarado un odio eterno por una cuestion de herencia, y, sin embargo, viven uno enfrente del otro, en la misma plaza. Juan Rantzau, el hermano mayor, tiene una hija, Luisa; Santiago Rantzau, el menor, tiene un hijo, Jorge. No es preciso ser muy lince para adivinar que los jóvenes se aman y que no abrigan la más remota esperanza de casarse. Juan Rantzau ha escogido un esposo para Luisa, un inspector de montes, y se lo anuncia en términos que no admiten la menor réplica. Y sin embargo, la jóven, desplegando una energía imprevista, declara categóricamente que no dará nunca su mano al señor inspector de montes, al oír lo cual, Juan Rantzau salta sobre ella como un tigre y la derriba en un acceso de furia salvaje. Pero luégo, como aterrizado de su accion, exclama:

« ¡ Huye, Rantzau, huye! ¡ Serías capaz de matarla! »

Luisa cae enferma de resultas de la escena que acabo de describir. Y el caso no era para ménos. Desesperado, al ver su hija gravemente enferma, Juan Rantzau sale de su casa una noche oscura y llama á la puerta de su hermano.

— ¿ Quién está ahí? — pregunta este último.

— Soy yo, Juan.

— ¡ Véte, miserable!

— Mi hija está á la muerte..... Vengo á pedirte la mano de tu hijo para ella.

— ¡ Véte, te he dicho!

— Y si tu hijo Jorge corriese también peligro de muerte, ¿ serías igualmente implacable?

Santiago Rantzau reflexiona un instante, y con acento de una sequedad indómita dice á su hermano:

— ¡ Entra!

Este *entra*, con que termina el tercer acto, asegura el éxito del drama.

El acto cuarto está destinado á la reconciliación completa de los hermanos Rantzau. Ocurren algunas dificultades ántes de llegar á la reconciliación definitiva; pero Jorge, principal interesado, las allana todas y alcanza el triunfo final.

Desde el estreno de los *Fourchambault* no se había visto un entusiasmo semejante en el teatro Frances. Hay que añadir que la interpretación, que se hallaba á cargo de mademoiselle Bartet y Paulina Granger, de Got, Coquelin, Maubant y Worms, es decir, los primeros actores de París, ha contribuido poderosamente á tan lisonjero éxito.

Noches pasadas, presentaron á la Condesa de M..... un poeta de verdadero talento, pero de una vanidad inaguantable.

La desilusion de la Condesa fué profunda.

— Y bien — preguntóle la persona que había presentado al poeta — ¿ tenía V. tantos deseos de verle! Ya le ha visto usted. ¿ Qué le parece?

— Me parece que es extraordinario el número de personas á quienes favorece el no ser conocidas.

X. X.

París, 1.º de Abril de 1882.

Á LA MUERTE

DEL REDENTOR DE LA HUMANIDAD.

I.

Yo sé lo que se siente mirando en la campiña
Cuál mueren á los soplos furiosos de aquilon,
Las flores saturadas de mágicos perfumes,
Y el árbol despojado de savia y de verdor.

Yo sé cómo se sienten las penas en el alma;
Las luchas prepotentes de enérgica ambicion,
Y el gozo inestimable, purísimo, anhelado,
Que nace á los impulsos de un casto y dulce amor.

Yo sé cuál martirizan las garras del deseo;
Yo sé cómo se afrontan las horas del dolor,
Y sé, por mi desgracia, llorar con amargura,
Colmado de torturas mi pobre corazón.

Si no con maestría, yo sé cómo se pulsan
Las arpas de los bardos; pero es mi débil voz
Inarmónica y ronca, y es trémula y cobarde
Para cantar, lectores, las glorias de mi Dios.

Mas, si no tengo númen que aliente mis cantares,
Si rasgos yo no tengo de sacra inspiracion,
Conservo las creencias que en nuestra edad primera
Debemos al desvelo del maternal amor.....

II.

¡ Cordero sin mancilla! ¡ Del Gólgota en la cumbre,
Tan sólo hay en sus labios palabras de perdon,
Aun cuando sus verdugos, con horrida fiera,
Aumentan sus martirios, bramando de furor!

¡ Miradle!..... ¡ De Él en torno los ángeles derraman
Perfumes celestiales, cantando su Pasion,
Y en lípidos fulgores su cuerpo circundado
Redime al mundo todo del genio tentador!

Tembló la tierra; el viento, con lúgubres clamores,
Los árboles más altos furioso desgajó,
Y ráfagas de fuego cruzaron el espacio,
Y en roja sangre tinta miróse el mismo sol.

Temblaron los vivientes, de miedo estremecidos,
Y dentro de sus muros Jerusalem tembló,
Y el mar con saña ronca, sus límites salvando,
Se alzó feroz, gigante, con desacorde són.

Tembló el infierno ardiente, y en sus cavernas hondas
Satan, encadenado, bramando de furor,
Hundió en el sucio polvo su frente maldecida,
Y en su impotente saña su pecho desgarró.

Y en tanto, el dulce Mártir, con el vital suspiro,
Pronuncia en sus plegarias palabras de perdon
Para el injusto pueblo que con sangrienta saña
Su bárbaro suplicio contento presenció.

III.

¡ Jerusalem deicida! ¡ Jerusalem cobarde!.....
Será tu suelo estéril, no brotará una flor
En esa tierra ingrata, funesta y opresora,
En donde el sacrificio mayor se consumó!

¡ Las auras que recorran tus áridas campiñas
Remedarán por siempre gemidos de dolor,
Y en tus ancianos muros el triste jaramago
No ocultará palabras de eterna maldición!.....

ANTONIO DE SAN MARTIN.

UN VIAJE.

I.

El buque, engalanado con todo su velamen,
avanzaba rápidamente, saltando sobre las
olas encrespadas, como una coqueta que no
quiere manchar sus botas: los últimos ro-
gotes de esa garra de piedra que se llama Fi-
nisterre se confundían, por la popa, con el
cielo y con el mar, velados con la gasa azul que
envuelve lo que se dibuja en el horizonte; al
frente, el sol, en recorte rojizo, redondo y duro, des-
cendía lentamente en aquel instante de dar el último
adiós á la tierra; sólo turbaban el silencio el golpe del
oleaje en la borda, la sacudida de las velas y la respiración
del vapor, acompañada y vigorosa, como el aliento del at-
leta, que dilata y contrae sus pulmones sin fatiga. La hélice,
barrenando la masa líquida, abre ancho camino, y el timon-
el, atento y callado, maneja la brida del gigante de hierro
y de madera.

El hombre, colocado en el puente de un buque, con la
tierra detras y el mar delante, sintetiza la humanidad entera:
el pasado, con sus recuerdos, su claro-oscuro de penas
y alegrías, que se pierde y se borra; el presente, vestido
de fortaleza y erizado de peligros; el porvenir, sin límites
al frente, y solo, mudo, sin brindar un descanso en el cami-

no sin fin de la esperanza. Y allí su pensamiento se dilata, y comienza a comprender que vive en él el espíritu de Dios. Porque no es el mar ese gigante, cuya cólera es la tormenta, que detiene su marcha, sacudiendo las hirvientes olas de la agitada cabellera; no son las nubes negras y amontonadas por donde rueda el trueno las centinelas que interceptan su camino, ni es el huracán el coloso que le obliga a retroceder con el impetu vertiginoso de sus ráfagas; el gigante, el centinela, el coloso, es el hombre, que domina el mar y desarma la tormenta, y doma el huracán, llevando, con el poderío del valor y la antorcha de la ciencia, cuatro tablas y cuatro carbones, seguro y confiado, de un polo al otro polo.

¡Qué grande es el que consigue trazar una senda sobre las aguas, llevando, como los magos de Oriente, una estrella que guíe su camino!

II.

Cuando Colon, atribulado porque al hundirse su frágil carabela zozobraba un mundo, alzase al cielo su profunda mirada, debió fortalecer su fe, aliento del genio, la *Cruz del Sur*, dibujada con cinco luceros en el fondo del firmamento. Cuando el navegante siente penetrar en su corazón, como una cuchilla helada, la amargura de la soledad, y desfallece su fortaleza, una campanilla, que evoca la dulce memoria de la iglesia del pueblo, le atrae a la cubierta con emoción indescriptible. Tapa la rueda del timón una lona blanca y estirada como un muro de mármol; delante de ella se levanta un altar, severo y sencillo, coronado por un crucifijo y alumbrado de luces, resguardadas del viento por faroles. Dos marineros, inmóviles como estatuas, vigilan el balance a derecha e izquierda: en el centro se acerca al altar de Dios, inclinándose, el sacerdote; y hombres, mujeres, niños, de hinojos sobre el leño que los sustenta, fijan su mirada suplicante en el leño en que está clavada la imagen del Redentor.

Aquel templo, donde el pensamiento se dilata sin límites de piedra, tiene por cúpula la bóveda azul, pintada de celajes caprichosos; tiene al sol como lámpara de oro; el mar transparente hace de rizada alfombra, y suplen al órgano la bronca armonía de las olas que se entrelazan, el martilleo de los émbolos, y el grito agudo de los pájaros del Océano.

Vienen a la memoria las valientes ojivas de las catedrales góticas, la artística grandeza de los suntuosos templos de Roma; recorren los recuerdos cuanto la ciencia y la inspiración han creado para alimentar el sentimiento religioso, y todo resulta chico y pobre ante el espectáculo de la *misa a bordo*.

Y el hombre, que se sentía grande al domeñar los elementos, comprende la pequeñez de sus obras y la magnitud de su impotencia, humillando su frente ante el sacerdote que le bendice, suspendido entre el abismo del mar y el infinito del cielo; porque si es un coloso para la creación, para el Criador es un pigmeo.

¡Oh! el que al escuchar la *misa a bordo* no haya visto agolparse a sus ojos lágrimas de consuelo y de esperanza; quien no haya sentido multiplicarse los latidos del corazón al calor de la fe que en él despierta; el que no haya murmurado allí, hasta sin darse cuenta de ello, la primera oración que le enseñó su madre, pobre y solitario peregrino del desierto de la vida, ¡qué desdichado debe de ser!.....

III.

Después, para cortar la monotonía de las horas que se suceden en silencio, tan pronto la lejana vela que se desliza en el horizonte, como una paloma que abre sus blancas alas; alguna vez la mancha oscura, que apenas descubre la mirada de águila del marinero, y crece, y crece, y envuelve el cielo con montones de nubes cenicientas, que vierten después torrentes sobre las olas negras, que se levantan soberbias como montañas y se rinden deshechas en espuma; allá, sobre la curva que separa el cielo del mar, las manchas confusas en que se distinguen las Azores. Luego, la pobre Puerto-Rico, que ostenta en las espaldas mórbitas de sus montes jóvenes la rica vegetación de los bosques viejos; más adelante, Santo Domingo, que, emporio de saber un día, le daba decoro con el manto de púrpura de las múltiples riquezas de aquel suelo, donde escondo hoy la túnica de pobreza de la falsa libertad el salvaje esqueleto de los libres. A poco, las Antillas inglesas, sin relieve por un lado; Cuba, destacándose por otro sobre el cielo; y entre buques, bajíos, faros, pájaros y corrientes, todo caldeado por el aliento de fuego del trópico, el puerto de la Habana, al cabo, lleno de vida y movimiento, que saluda al batel afortunado que se entrega al descanso sobre el ancla, con el estampido del cañon, y le da la bienvenida con el móvil lenguaje de cien banderas de colores, que se revuelven agitadas por la brisa.

IV.

La Habana es, para el que desconozca la historia de su fundación y crecimiento, una población extraña. Hay un núcleo, estrecho y rico, de calles paralelas, cortadas por otras en ángulo recto, monótono e igual, mal empedrado, casi sin aceras, con sólidas construcciones de bajo y principal, que sacan anchos balcones a tomar el aire. No tiene más edificios notables que algunas iglesias viejas, y dos ó tres palacios que el tiempo convirtió en fondas u oficinas, y sirve de corazón a esta parte de la ciudad la *Plaza de Armas*, donde hay una estatua pobre, cuatro palmeras, unos cuantos arbolillos, muchos faroles, y un embaldosado que, por sus puntas y huecos, recuerda el mar de hielo de *Chamonix*.

Existe, en cambio, otra parte de la población, ancha, ostentosa, a partir del *parque*, amplio paseo de fuentes raquíticas, de calles de macadam descuidado, de edificios flamantes de dos pisos, de arcadas altas y estrechas. Más riqueza que buen gusto.

Luego, los alegres y poblados caminos de la juguetona población de sus alrededores.

Esta diferencia, que salta a la vista, se explica bien. Población creada bajo el temor de enemigos piratas, ó piratas enemigos, la prudencia la rodeó de murallas, la coronó de fuertes, y sujeta por un cendal de piedra, tenía que estrechar sus calles para vivir en rincones, y esmaltar sus plantas comprimidas con vistosos borceguies de tiendas variadas.

Al soplo fecundo de la civilización cayó el estrecho corsé, y la Habana dilató su pecho, recostándose descuidada a orillas del mar, y tendiendo su cabeza sobre el prado. Lo hizo deprisa, como el prisionero que, puesto en libertad, corre temeroso de nuevos calabozos; y la ciudad nueva adornó su ropaje en tan corto tiempo, que más está hilvanado que cosido. Sus teatros parecen sin concluir; proyectos sus anchas avenidas; faltos de estudio local sus edificios y paseos del Norte; escasos de árboles y flores los que, bajo este sol vivificante, debieran ser espléndidos jardines.

V.

¿Sabeis quién es la Habana?

Allá a principios del siglo XVI corrían los tenientes de Colon la accidentada costa de Cuba; en busca de riquezas que no existían; aguzado el deseo por la experiencia de Santo Domingo, buscaban manantiales de oro en una isla donde el venero del lucro debían ser más adelante la caña y el tabaco.

A mitad de la costa Norte, maltrechas las naves, buscaron refugio donde remendarlas, y en una ensenada honda, á cubierto de huracanes, fondearon contentos, bautizándola con el nombre de «Puerto de las Carenas».

Señor del territorio un caudillo indígena, recibió a los castellanos sin desconfianza: leales todos, apenas tenía donde morder el diente venenoso de la discordia.

La discordia buscó auxiliares y los encontró en el amor. La historia eterna de la fatal manzana.

Una mujer de negro cutis, de negros ojos sobre fondo blanco, y de dientes blancos como perlas; alegre como el pájaro en el alba, y revuelta y gentil como la culebra, era la tirana del corazón del indio. Ella protegía a los caminantes; ella, jóven y coqueta, encontró en un capitán español lo que en vano, en las dudas de su alma apasionada, hablaba a la sencillez salvaje de la indígena.

El capitán, con trabajoso lenguaje, le decía amores; y ella los comprendía, porque los traducía en el fondo del corazón, sin diccionario.

Al cabo, envueltos en la sombra de la noche, huyeron juntos al campamento español. Surgió la guerra; pasó la ira del pecho a las espadas; el indio, vencido, se retiró al interior, pero satisfecha su venganza. Sobre la tumba de los dos amantes se fundó una ciudad, pobre primero, rica después, y magnífica hoy.

La negra se llamaba «Habana».

EMILIO DE ARJONA.

CERTÁMEN DE POETISAS ESPAÑOLAS

EX HONOR

DE SANTA TERESA DE JESUS.

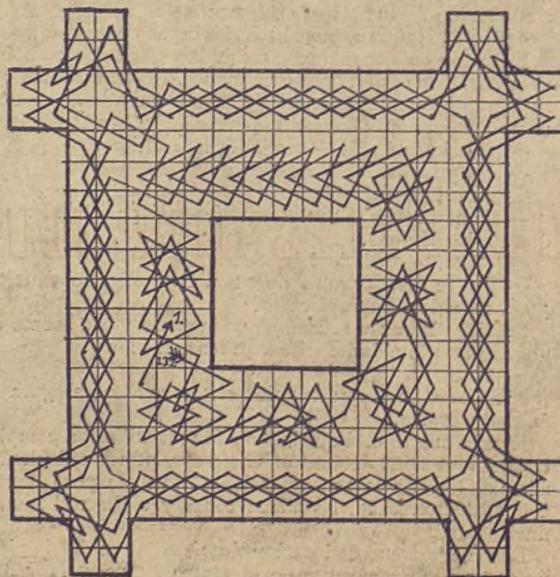
Segun anunciamos en el número de LA MODA ELEGANTE correspondiente al 14 de Febrero último, la Junta organizadora de las fiestas con motivo del tercer centenario del fallecimiento de Santa Teresa de Jesus, había acordado celebrar un *Certámen de Poetisas Españolas* en honor de la insigne Doctora de la Iglesia.

Hoy llega a nuestras manos el Programa de dicho concurso, que nos apresuramos a extractar para conocimiento de nuestras lectoras.

Las composiciones estarán escritas en verso castellano, quedando los temas a la libre elección de sus autoras, sin limitación de forma ni asunto, siempre que tiendan a la glorificación de la Santa Doctora, bajo cualquiera de los conceptos en que brilló. De esta regla se exceptúa el primer premio, que se otorgará, precisamente, a la mejor *Oda a la Transverberación de Santa Teresa*.

Las poesías se remitirán, antes del 1.º de Agosto del corriente año, al Sr. Alcalde de la villa de Alba de Tormes (provincia de Salamanca), como presidente de la Junta organizadora del centenario, y del Ayuntamiento.

SOLUCION AL SALTO DE CABALLO DEL NÚMERO 9.



RECETA.

Quien quisiere ser culto en solo un día,
La geri (aprenderá) gonzá siguiente:
Fulgores, arrojar, jóven, presiente,
Candor, construye, métrica armonía;
Poco, mucho, sí, no, purpuracia,
Neutralidad, conculca, erige, mente,
Pulsa, ostenta, libar, adolescente,
Señas, traslada, pira, frustra, harpia;
Cede, impide, cesuras, petulante,
Palestra, liba, meta, argento, alterna,
Si bien, disuelve, émulo amor.
Use mucho de líquido y de errante,
Su poco de nocturno y de caverna;
Anden listos libor, adunco y poro;
Que ya toda Castilla,
Con sola esta cartilla,
Se abraza de poetas babliones,
Escribiendo sonetos confusiones;
Y en la Mancha, pastores y gañanes,
Atestadas de ajos las barrigas,
Hacen ya cultidades como migas.

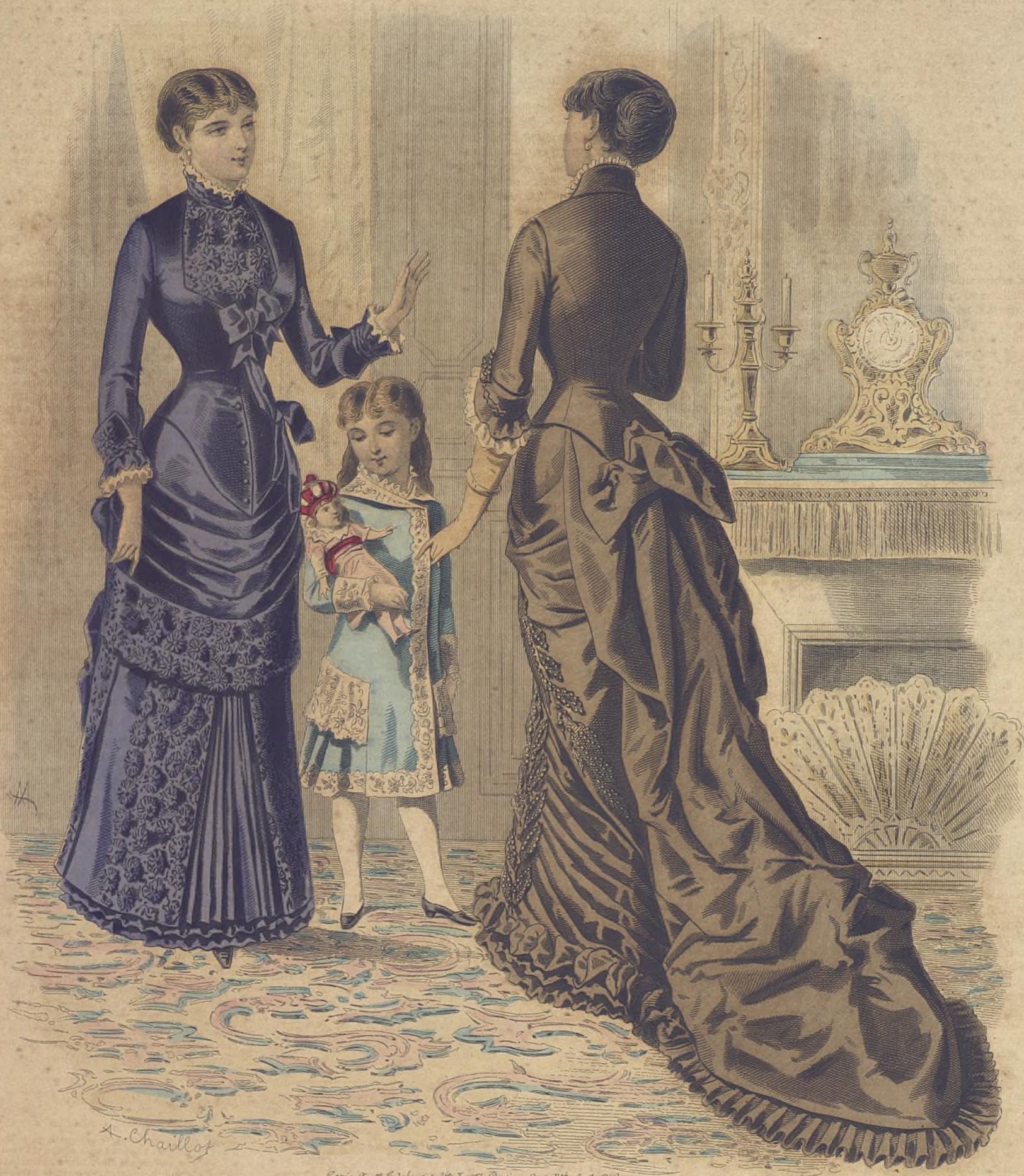
(QUEVEDO.)

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Teresa Ansaldo de Dallas.—Doña Carolina Ortiz.—D.ª Rafaela Granada de Cañizo.—Señoritas de Muñoz y Trageda.—D.ª Dolores Blazquez Grande.—D.ª Rosario Amor.—D.ª Mercedes Santibañez.—D.ª Juana del Valle.—D.ª Cristina Marqués.

También hemos recibido soluciones de la isla de Cuba al Salto de Caballo del núm. 3, de las Sras. y Srtas. D.ª Amalia Mallén y del Prado.—D.ª Elisa Michelena.—D.ª Rigoberta Almiralles y Cerdá.—D.ª Marina y D.ª Emilia González.—D.ª Rosa Velasco.

Igualmente han remitido soluciones al Geroglífico del núm. 7 las Sras. y Srtas. D.ª Joaquina Alvarez.—D.ª María Baeza y Saravia.—D.ª Rosalía y D.ª Matilde Solares.—D.ª Rafaela de Castro.—D.ª Clotilde Morales.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, París).



A. Charlot

Paris, Dép. de Seine et Oise, le 14 Juin 1859, D'après le dessin de M. G. D. S.

Nº 1682º

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas. 12ª pral

M A D R I D

Perfumeria de lujo. Guerlain. 15. r. de la Paix. Paris.